

cuestiones interiores de Polonia, y temia, como toda la Europa, que la emperatriz «quisiera hacer en Polonia lo que en Curlandia, es decir, tener allí un rey que gobernara bajo su inmediata direccion y no hiciera nada sin su consentimiento (1).» Federico consideraba imprudente provocar una intervencion de Austria y de Francia y comprendia perfectamente que el deseo de la emperatriz era implantar en Polonia la soberanía permanente de Rusia, siendo asunto meramente accidental la cuestion religiosa (2). Finkenstein decia al rey que era imposible seguir á los rusos en la senda que habian emprendido en Polonia; y que la emperatriz no ocultaba que lo importante para ella era poseer la Polonia para resarcirse de lo que habia perdido con la separacion del Austria respecto de la Puerta. Si el interés de Prusia habia exigido, cuando la dominacion sajona en Polonia, la conservacion del estado débil en que esta se encontraba, con tanto mayor motivo era indispensable que continuara aquel estado cuando dominaba allí la Rusia. La alianza entre Ru-

sia y Polonia se formó por ocho años, y en vista de ella la Rusia podia servirse de la Polonia contra la misma Prusia, lo propio que contra la Puerta.

Algunos autores han querido probar que Catalina, en la cuestion de Polonia habia seguido los impulsos de Federico; pero un historiador moderno observa con razon, que es estimar en muy poco el talento y la actividad de Catalina el suponer que era simplemente un instrumento puesto en manos del rey de Prusia (3).

Sin embargo, la armonía entre Prusia y Rusia se mantuvo y en 4 de mayo de 1764 firmóse entre ambas potencias un convenio para hacer frente á cualquier intervencion de Austria en Polonia (4).

Por lo demás, nada debia temer Catalina por este lado. Cierta que María Teresa dijo al embajador inglés que no podia ver impasible la entrada de tropas rusas en Polonia, ni consentir en que un príncipe se viese vilmente oprimido por la simple razon de que no queria ó no podia hacer todo



Retrato medalla de Rumjanzow. Tamaño natural. Tomado del original que posee el consejero de Estado J. Iversen, en San Petersburgo. Dibujo de J. Samuel

lo que de él se exigia (5); cierto que repetidas veces habló la reina-emperatriz del cuidado en que la tenia el propósito que parecian alentar Rusia y Prusia de repartirse la Polonia; pero al propio tiempo convenia en que, por mucho que la disgustara la conducta de la emperatriz, no se encontraba en condiciones para mezclarse en la cuestion polaca (6).

La Polonia se vió, pues, abandonada á su suerte. Repnin gobernaba sin limitacion alguna; las esperanzas que Estanislao tenia puestas en Francia, se demostró que habian sido prematuras; y el rey polaco tuvo momentos de verdadera desesperacion al ver que estaba completamente opri-

mido por los rusos y que venian al suelo todos sus planes de reforma. Alguna vez intentó resistir diciendo: «Por mi vida que no cederé mas: la emperatriz de Rusia no puede arrebatarme mas que la corona, que ya estoy cansado de ceñir; por esto he decidido no pasar de cierto limite.» Repnin hacia concebir, en efecto, á los «amigos de Rusia» la esperanza de que Catalina toleraria la destitucion del rey y entregaria la nacion á sí misma, por mas que el pensamiento fundamental de la política rusa fuese completar la ruina de la nacion polaca por medio de la permanencia de aquel monarca en el trono (7).

Los disidentes veian con placer el firmísimo apoyo que Rusia les prestaba. Panin les aseguraba que las tropas rusas no evacuarían el territorio de la República hasta que se hubiese dado satisfaccion á sus exigencias, y se concibió el plan de formar una Confederacion protegida por el ejército ruso. La emperatriz intervino personalmente en la cuestion,

(1) Reimann, 206.

(2) Duncker, 150.

(3) Duncker, 160.

(4) Reimann, 211.

(5) *Memorias* de Ráimer, IV, 83.

(6) Reimann, 205, 208, 212. El temor de que la desmembracion fuese un plan preconcebido lo sintió tambien Essen en 1766. Véase Hermann, V, 394-395.

(7) *Memoria* de Essen, en Hermann, V, 405 y 415

mostrándose altamente indignada contra los obispos de Wilna y Cracovia especialmente, que se valian de la influencia que entre las masas ejercian, para excitarlas á la resistencia. Repnin y Saldern, que por algun tiempo residió en Polonia, se mostraban cada día mas severos. Los enemigos de la tolerancia sufrieron el castigo de tener que alojar las tropas rusas, no produciendo resultado alguno las protestas que se levantaron contra la permanencia de estas en el territorio polaco. La emperatriz no cesaba de hablar del interés que la salud de la República le inspiraba, mientras persistia en conseguir la igualdad de derechos entre los disidentes y los católicos. El rey se lamentaba de que la corona que le habia proporcionado la emperatriz era para él la túnica de Deyanira, pues quemaba y le preparaba un fin horrible; ó debia renunciar á la amistad de la emperatriz ó habia de ser traidor á su patria. Decia que estaba dispuesto á perder el trono y la vida; que era injusto ejercer violencia contra aquellos á quienes se amaba; que morir no era sensible, pero era horrorosa la muerte que venia de una mano tan querida, etc. etc.

Catalina leia sin inmutarse los escritos en que Repnin le pintaba la desesperacion del rey y persistia en sus propósitos. El mismo Panin, mientras decia que no debia «tenerse demasiado tirante el arco,» trataba tan brutalmente á la Dieta polaca, que Czartoryski decia que seria preferible ver á Polonia completamente conquistada á contemplarla en tal dependencia. «Nuestra dignidad y el interés del reino que por Dios nos ha sido confiado, exigen la terminacion de la obra comenzada,» decia la emperatriz. Panin manifestaba estar dispuesto antes á perder 50,000 soldados que hacer concesiones en la cuestion de Polonia (1). Cuando uno de los Czartoryski dijo á Repnin que se arrojaría del país á los disidentes antes que concederles los derechos políticos, contestó el embajador ruso que de procederse así se apelaría á la lucha armada, se obligaria á devolver á los disidentes sus bienes y que antes se vendria todo abajo que renunciar á lo solicitado.

En la Dieta, Repnin apostrofó á los enemigos de la tolerancia, diciéndoles que si gritaban daria un espectáculo mas terrible que el de los magnates. La oposicion enmudeció. «Todo se ha perdido,» decia el Nuncio del Papa á la corte pontificia. Repnin venció en toda la línea: no se habló

de la supresion del *liberum veto*; toda resistencia cesó; y á la irónica pregunta que se hizo de si se hubiera tambien admitido el Alcoran, en caso de haberlo así exigido Repnin, contestó cándidamente el obispo de Curjavia que no era posible luchar contra la violencia (2). Nada quedó en efecto por intentar; ni la formacion de una Confederacion bajo el protectorado de Rusia, ni las operaciones militares cuyo único objeto era vigilar y perseguir á los enemigos de Rusia, ni la prision de los mas turbulentos, que eran deportados al interior del imperio ruso, ni el arte de persuadir en que tanto sobresalía Repnin. Catalina se burlaba de toda resistencia y cuando el papa Clemente XIII se pronunció contra los disidentes, rióse de que «Su Santidad pudiese entretenerse en tales fábulas.» Alegrábase la emperatriz del triunfo conseguido, tanto mas cuanto que, durante la lucha, intervino en todos los detalles de la cuestion, como se ve por sus muchas cartas y resoluciones marginales. Catalina se consideraba ya soberana de Polonia.

Pero la advertencia de Panin no carecia de fundamento: se habia tenido demasiado tirante el arco, y la lucha se reanudó una vez terminadas las tareas de la Dieta á medida de los deseos de Rusia. Los descontentos formaron una Confederacion en Bar, y se propusieron destruir la garantía que á la Constitucion polaca prestaba Rusia, destronar á Estanislao y restablecer la «libertad» de Polonia. La guerra civil, con todos sus horrores, se extendió por aquella infeliz nacion: no solo los partidos políticos, sino las clases y las religiones, se encontraron armadas frente á frente. En medio de aquel caos, procuraron los soldados y los diplomáticos rusos (á Repnin sucedió, en 1769, Wolkonsky) mantener íntegra la autoridad de Rusia; pero no en vano Catalina, al recibir la noticia de la muerte de Augusto III, habia dicho que se encontraría con «enredos» sin cuento.

A esto se agregó el conflicto con la Puerta que ocupó durante mucho tiempo la preferente atencion de Catalina (3).

Esta guerra fué en extremo funesta á los polacos; la esperanza de encontrar su salvacion en los turcos les costó cara: un polaco escribió entonces: «Llamar á los turcos para arrojar á los rusos, es lo mismo que pegar fuego á una casa para verse libre de ratones (4).» Los rusos no fueron arrojados de Polonia y ésta se vió sometida á una desmembracion.

CAPITULO III

GUERRA CON LOS TURCOS (1768-1770)

Confederacion de Bar.—Preparativos para la guerra.—Los rusos en la Moldavia.—Expedicion al Archipiélago.—Operaciones de la escuadra Chesme.—Victorias de Rumjanzoff.—Crimea.

Los sucesos de Polonia iniciaron una nueva fase en la historia de la cuestion oriental. Al decidir la Puerta salir á

la defensa de Polonia, suscitóse una guerra de la cual habia de salir victoriosa Catalina, y cuyos acontecimientos y resultados nos prueban hasta qué punto habia llegado la decadencia de Turquía.

En algun tiempo, el imperio de los Osmanes habia representado con relacion á Polonia un papel semejante al que representaba Rusia en tiempo de Catalina. La Puerta habia trabajado, en el siglo XVIII, y no sin éxito, por mantener la debilidad crónica de Polonia, mezclándose algunas veces en la eleccion de rey. La República y la Turquía habian pasado el siglo XVII en continua lucha, y por tanto las fuerzas de ambos

(1) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, 272. La narracion correspondiente se encuentra en Ssolowieff, XXVI, 167-196.

(2) Beer, I, 212-221.

(3) Véanse multitud de detalles en Ssolowieff, XXVII, 279-310. Acerca de la accion militar de Kretschetnikoff en Polonia, véase su *Diario* en la *Chrenija*, 1863, III, 1-250. Algunos documentos se encuentran tambien en el *Siglo diez y ocho*, III, 222. Acerca de la actividad de Repnin en Polonia, véase la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XVI.

(4) Jauffret, I, 317.

Estados se encontraron muy quebrantadas durante el siglo XVIII, estableciéndose entre ellos cierta mancomunidad de situación. Durante la guerra del Norte, habían estado en relaciones Polonia y Turquía; el padre del rey Estanislao Augusto Poniatowski había procurado trabajar en Constantinopla en pro de los intereses del rey Estanislao Lescynski y de Carlos XII; y teniendo en cuenta estos antecedentes, la infeliz república, al comprender que se trataba de su desmembramiento, creyó poder contar con el apoyo del vecino reino, sin comprender que la Turquía era como un barco que se iba rápidamente á pique.

La decadencia del imperio turco se había ido aumentando en rápida progresión durante los últimos tiempos. A consecuencia del desgraciado éxito de las operaciones militares del Austria, Turquía había salido con escasas pérdidas de la guerra de 1736 á 1739; pero la dirección de Münnich había demostrado cuán terrible enemigo tenían los turcos en la Rusia. Cuando la paz de Belgrado, inicióse el proyecto de una desmembración de Turquía: el mal sistema de gobierno y la imposibilidad de una reforma radical en lo militar, quitaban á los turcos toda esperanza de éxito el día en que se repitiese el conflicto con la Rusia. Las sublevaciones locales que estallaban en distintos puntos de Turquía hacían poner en duda la integridad del reino. La consideración de que había gozado la Puerta á los ojos de Europa disminuía rápidamente.

El ingreso de Prusia y Rusia en el número de las potencias europeas de primer orden no fué favorable en manera alguna á la preponderancia de la Puerta en la política general, antes bien Turquía siguió siendo el teatro de las artes diplomáticas de los embajadores de las grandes potencias. Francia, especialmente, ejercía en Constantinopla un poderoso influjo; Federico II procuró, y no sin éxito, influir en el ánimo de la Puerta durante la guerra de siete años, por medio de su embajador Rexin; el advenimiento de Catalina al trono no satisfizo mucho á los turcos, y los progresos que en Polonia hacían Rusia y Prusia eran considerados en la corte otomana como una violación de los intereses de la Puerta.

Poco después del advenimiento de Catalina al trono, súpose en San Petersburgo que la Puerta quería interesarse por la Polonia. Cuando, á fines de 1763, fué enviado á Berlin un diplomático turco, el embajador ruso Obrjeskoff se proporcionó una copia de las instrucciones que se le habían dado, y en las cuales se decía que el embajador turco, de paso para Berlin, se detendría en Polonia, donde prometería el auxilio de la Puerta. En el mismo sentido trabajaba Vergennes en Constantinopla, haciendo ver cuán necesaria era la intervención de la Puerta en la cuestión polaca, para evitar que Rusia dominase incondicionalmente en aquel país (1). Obrjeskoff procuró con gran habilidad combatir la influencia de Polonia y de Francia, y así la tentativa que el gobierno turco hizo para impedir la elección de Poniatowski y para protestar contra ella no tuvo éxito alguno. Pero no por esto Obrjeskoff estaba tranquilo, pues de distintas partes, entre otras de la del Khan de Crimea, llegaban cartas poniendo sobre aviso á la Puerta respecto de la preponderancia cada día mayor de Rusia en Polonia. Muchos fugitivos polacos comenzaban á refugiarse en el territorio turco en demanda de protección. Obrjeskoff hubo de oír algunas palabras duras por parte de la Puerta, que motivaron un gran cambio de notas diplomáticas (2), y en análoga situa-

(1) Ssolowieff, XXV, 340-342.
(2) Ssolowieff, XXVI, 87-96.

ción se encontraba el cónsul ruso en Crimea, Nikiforoff (3). El Khan de Crimea, Girei, no cesaba de excitar al sultán contra la Rusia, contando, en esto, con el apoyo de los embajadores austriaco y francés, Penkler y Vergennes. Hasta el embajador prusiano Rexin, procuraba con gran actividad, en Constantinopla, formar una alianza turco-prusiana, suscitando por tanto en el gobierno ruso cierta desconfianza hácia Federico, el cual desaprobó formalmente la conducta de su representante (4).

Las comunicaciones de Obrjeskoff inspiraban cada vez mayores cuidados. Las excitaciones de Francia y Austria contra Rusia y Prusia eran, en Constantinopla, cada vez más enérgicas: el clamoreo de los polacos pidiendo auxilio á los turcos se dejaba sentir cada día con más fuerza. Obrjeskoff opinaba que debía darse orden á las tropas rusas que operaban en Polonia para que se mantuviesen tan apartadas como pudiesen de las fronteras turcas. En el verano de 1767, el hospodar de Moldavia participaba que en Podolia, es decir, muy cerca de las fronteras de Turquía, se había presentado un fuerte ejército ruso con mucha artillería y que los polacos, como lo probaban distintas cartas, solo esperaban en la Puerta y en el Khan de Crimea para verse libres del yugo de los rusos. Las violencias cometidas por estos en Polonia y la prisión de algunos magnates y príncipes de la Iglesia ordenada por Repnin, movió á la Puerta á aumentar la guarnición de la fortaleza de Choczyn. Vergennes decía que con la preponderancia de Rusia en Polonia se atentaba al equilibrio europeo: el Khan se quejaba de que Polonia se viese convertida en una verdadera provincia rusa: el momento de que Turquía salvara á Polonia había llegado (5).

En este estado se encontraban las cosas, cuando la formación de la Confederación de Bar, creada para combatir la influencia de Rusia, indujo á las tropas rusas á tomar por teatro de sus operaciones el extremo meridional de Polonia, confinante con las fronteras turcas. Kretschenikoff se apoderó de Berditschéff; Apraxin invadió los territorios de Bar; el príncipe Prosorowsky derrotó á los confederados en Brody, y Apraxin y Prosorowsky se enseñorearon de Cracovia. Obrjeskoff, que había dado esperanzas en Constantinopla de que próximamente se retirarían las tropas rusas de Polonia, se encontró en una situación muy crítica. El lenguaje de los ministros turcos se hizo cada vez más amenazador, y ya los medios de soborno de Obrjeskoff no producían efecto alguno. Así las cosas, sucedió que algunos cosacos rusos, que perseguían á los confederados polacos, se apoderaron de la aldea fronteriza de Balta, situada en el territorio del Khan de Crimea, matando á una porción de turcos, moldavos y tártaros, y aun más terribles se mostraron al invadir á Dubossary, otro lugar tártaro, donde asesinaron á 1,800 personas.

Obrjeskoff procuró por todos los medios posibles persuadir á la Puerta á que esperase algún tiempo antes de declarar la guerra á Rusia, pues creía poder conseguir de la emperatriz que diese al gobierno turco satisfacción completa por aquella violación de fronteras (6). «Todo depende, escribía el nuevo embajador prusiano, Zegelin, de si puede acallarse el clamoreo del pueblo que exige venganza.» (7)

Pero la Puerta fué aumentando sus exigencias, y no habiendo pedido al principio sino que las tropas rusas se

(3) Véase la relación de Nikiforoff en los *Documentos de la Sociedad de Odessa para historia y antigüedades*, I, 375.

(4) Ssolowieff, XXVI, 182-186.

(5) Ssolowieff, XXVII, 209-210, 266-270.

(6) Ssolowieff, XXVII, 292.

(7) Reimann, 245.

mantuvieran á cierta distancia de las fronteras, después pidió la evacuación de la provincia de Podolia, y por último exigió que toda la Polonia fuese evacuada por el ejército ruso (1). Al gran visir que deseaba la paz sucedió otro que ansiaba la guerra; en 25 de setiembre, Obrjeskoff vióse maltratado por el nuevo visir, en una audiencia que con él tuvo, y encerrado luego en un calabozo de las Siete Puertas. El rompimiento era, pues, un hecho (2).

Cualquiera derrota en la guerra que comenzaba podía ser funestísima para la emperatriz. Pocos años habían trascurrido desde el advenimiento de Catalina al trono, y en este tiempo las crisis interiores habían sido una constante amenaza á la seguridad de Catalina, si bien podía estar orgullosa de los triunfos obtenidos en Curlandia y en Polonia. Respecto de las demás potencias, Rusia había sabido conquistar cierta independencia y aun cierta superioridad. Pero á la sazón se trataba de someterse á los accidentes de algunas campañas y de buscar la fortuna de la guerra; y el juego podía parecer atrevido.

Catalina contaba con que la suerte le sería favorable en esta lucha, y escribía, entre otras cosas, á Ssaltykoff, —que se encontraba en Moscou— diciéndole que si hubiese temido á los turcos, le hubiera puesto á él, al célebre general, á la cabeza del ejército cuyo mando había confiado á Colyzin y á Rumjanzoff. «Dios sabe, añadía, que yo no he comenzado: no es esta la primera vez que Rusia se dispone á derrotar á sus enemigos (3).»

Escribió además al conde Ivan Chernyscheff, que se encontraba en el extranjero, en los siguientes términos que respiran tranquilidad y valor: «Una palabra antes de terminar: tengo para mí que se despoja uno de una gran carga cuando se ve libre de un tratado de paz: eran precisas mil combinaciones, mil atenciones y mil fútiles tonterías para impedir que los turcos gritaran. Ahora me encuentro á gusto: ahora me es dado hacer cuanto pueda y la Rusia, como sabeis, puede mucho. Catalina II forma de cuando en cuando algunos castillos en el aire; y ahora nada la molesta para formarlos; han despertado al gato, y ahora va á lanzarse sobre los ratones; ahora vereis lo que es bueno y de seguro se hablará de nosotros; los turcos serán derrotados, los franceses serán tratados en todas partes como les tratan los corsos; y basta de palabrería: adiós (4).» Esta comparación del gato á quien se ha despertado la encontramos en otras cartas de la emperatriz, la cual hacía burla de los turcos y de los franceses, diciendo que se habían vuelto muy guerreros y que con la imaginación se apoderaban de fortalezas como Bender y Choczyn.

Catalina se ocupaba en los preparativos de guerra con la actividad que le era propia y escribía á Chernyscheff que iba á cuidar de la escuadra: «Con la ayuda de Dios verás cosas sorprendentes,» decía llena de esperanzas. «Utilizaré, escribía más adelante, la escuadra de un modo hasta ahora nunca visto (5).» El Consejo del Reino, creado en aquella ocasión, mostró gran actividad para levantar tropas y recursos pecuniarios. Así como Pedro el Grande, en vista del conflicto estallado entonces con la Puerta, creó en 1711 el Senado, del mismo modo Catalina, en presencia de la guerra contra los turcos, creó un Tribunal supremo encargado de proporcionar recursos para la guerra; y así como Pedro instruyó al

(1) Despacho de Zegelin, en la obra de Reimann, 248.

(2) Los detalles se encuentran en Ssolowieff, XXVII, 300-315.

(3) Ssolowieff, XXVIII, 8-9.

(4) *Archivo de Ruský*, pág. 1323.

(5) Ssolowieff, XXVIII, 16.

Senado acerca del modo como debía proceder, Catalina procuró dar el impulso necesario al Consejo del Reino. El Senado de Pedro el Grande aunque creado para un objeto especial, se había convertido en una institución permanente, y permanente fué también el Consejo del Reino, instituido por Catalina, el cual adquirió desde luego grande importancia (6).

A pesar de todos los esfuerzos, se puso de manifiesto que Rusia estaba muy mal preparada: los regimientos estaban incompletos; la caballería mal montada, y la artillería poco instruida. La administración militar era fraudulenta: la pólvora había sido mezclada con toda clase de sustancias baratas; las cuantiosas sumas que se destinaban á subsistencias se invertían en otras cosas y algunos pertrechos de guerra estaban inservibles. Las relaciones de los oficiales que tomaron parte en la campaña contienen observaciones gráficas acerca de las faltas cometidas por la administración, de la mala calidad de los trajes de la tropa, de la falta de tiendas, etc. (7).

El ejército turco se encontraba, sin embargo, en peores condiciones. La Puerta había declarado la guerra en el otoño, estación del año, durante la cual no podía verificar operaciones militares de alguna importancia, y la mayor parte de sus soldados, ó sea el contingente de las provincias asiáticas, solo estaba á su disposición durante el verano. Por eso tuvo Rusia algunos meses para prepararse á la lucha (8).

El rey Federico decía, en tono burlon, que aquella era una guerra entre un tuerto y un ciego, de la cual había de salir vencedor el tuerto, es decir, la Rusia.

En muy distinto tono se expresaba Voltaire en la carta que dirigió al conde A. R. Woronzoff diciéndole: que entonces comenzaba la época gloriosa para Rusia; que podía pensarse en arrojar á los turcos más allá del Bósforo; que vería con gusto á los prisioneros turcos transportados como colonos á Kasan y al Ladoga. Criticaba además con duras palabras la conducta de la Puerta y deseaba que el sultán se ahogara en los ríos de sangre que por su culpa se derramarian. «Las tropas rusas, añadía Voltaire, derrotaron á los prusianos, los cuales habían vencido á los austriacos, que, á su vez, habían derrotado á los turcos. Tiene la Rusia hábiles generales.... Veo con placer y sorpresa que esa noticia no turba la tranquilidad de espíritu de aquel gran hombre que se llama Catalina. Esta me escribe cartas tan interesantes y agradables que parece que no tiene otra cosa que hacer: cultiva las bellas artes, de las cuales no tienen noticia alguna los otomanos; ve marchar sus tropas con la misma tranquilidad con que se hizo vacunar. De modo que si no sale vencedora, podrá decirse que la Providencia habrá cometido una gran injusticia, etc. (9).»

Catalina con su sorprendente actividad, inició la mayor parte de las cuestiones que debían servir de base á las deliberaciones para formar el plan de campaña; se cuidó de la cuestión de la emisión de papel moneda, acordada entonces: discutió todos los detalles de la expedición de la escuadra al Mediterráneo y al Archipiélago: dictó una porción de disposiciones de hacienda, etc. (10). Entonces escribió á Voltaire en los siguientes términos: «Ni sé si Mustafá tiene talento, pero tengo motivos para creer que, al querer emprender una

(6) Véase las *Actas del Consejo del Reino* publicadas en San Petersburgo, 1869, tomo I: la guerra contra los turcos y los acontecimientos simultáneos, se encuentran en las páginas 1-392 de dicha obra.

(7) Bernhardt, *Miscelánea*, I, 62-73, basada en las cartas de Carlos de Knorring. Véase la descripción en el *Archivo ruso*, 1882, I, 125.

(8) Bernhardt, obra citada, pág. 72.

(9) *Archivo de los príncipes Woronzoff*, V, 456-457.

(10) *Ilustración de la Sociedad histórica*, X, 304-337.